



J. P. REYES ZUMETA,  
Embajador de Venezuela.

La Doctrina  
Bolivariana  
en Función  
de América



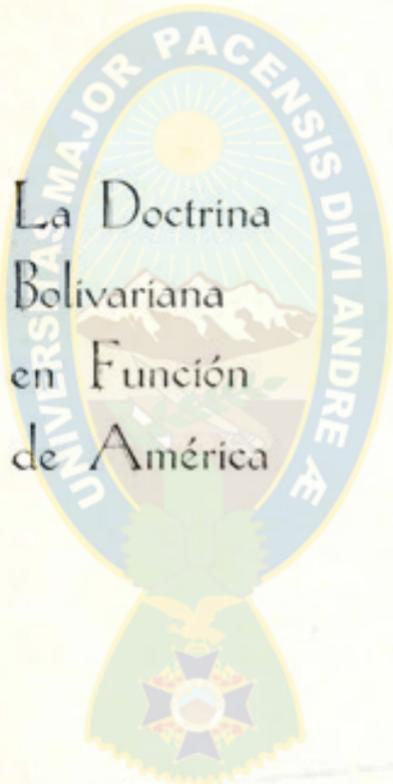
La Paz - XXIV - VII - LVIII

01079

UNIVERSIDAD BOLIVIANA  
UNIVERSIDAD MARCO A. DE SÁNTI ANDRÉS  
BIBLIOTECA CENTRAL  
La Paz - Bolivia

FB  
327.7  
R 476d

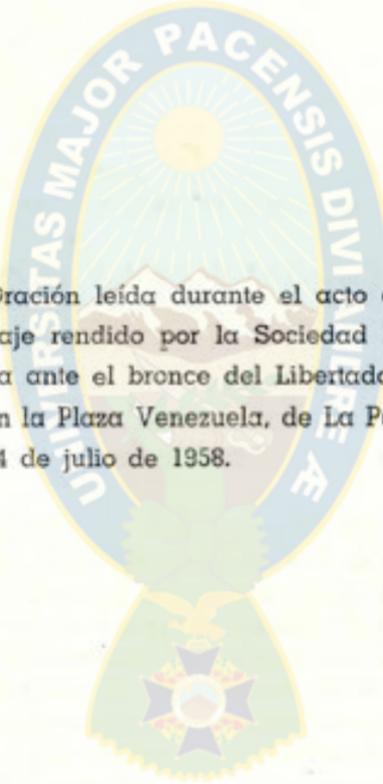
J. P. REYES ZUMETA,  
Embajador de Venezuela.



La Doctrina  
Bolivariana  
en Función  
de América

La Paz - XXIV - VII - LVIII

*Publio de Rueda  
Algado*



Oración leída durante el acto de homenaje rendido por la Sociedad Bolivariana ante el bronce del Libertador erigido en la Plaza Venezuela, de La Paz, el día 24 de julio de 1958.



Señor Presidente de la Sociedad Bolivariana.  
Señor Representante del Ministerio de Relaciones Exteriores.  
Señor Rector de la Ilustre Universidad de San Andrés.  
Señor Representante de las Armas de Bolivia.  
Honorable Colegas del Cuerpo Diplomático.  
Señoras y señores.  
Pueblo de Bolivia.

#### LA PROFECIA

Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la página de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anáhuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la Naturaleza o cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de los bosques mil veces deshojados y de las ciudades veinte veces reconstruidas, y hagan reverberar en la memoria de los hombres que nos espantarían por extraños, si los alcanzáramos a prefigurar, miríadas de hombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen: todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su

virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar

Esta es, señores, la profética oración del gran pensador uruguayo —que debiéramos repetir a diario como el mejor salmo americanista, como la rotunda y clara profesión de fe en nuestros propios destinos— a ver de sintetizar la doctrina bolivariana en función del continente. Porque desde el fracaso aleccionador de Puerto Cabello hasta que Rodil deja en manos de los soldados libertadores el estandarte de Castilla, tras la homérica expugnación del Callao, Bolívar estuvo dotado de aquella conciencia cósmica de que nos habla Fernando González en su magistral concepción esotérica del Genio.

## **EL IDEARIO BOLIVARIANO EN FUNCION DE AMERICA**

En todas las etapas de su prodigiosa existencia, en todas las fases de su protéica actividad de político y guerrero, de filósofo y estadista; en todas las elucubraciones de su mente privilegiada, el hombre de la recia contextura anímica estuvo consciente de su destino altísimo y de que era ecuménica por excelencia la evolución que en el proceso ascendente de los tiempos se asignaba a sus grandes dotes de reformador, para marcar un hito definitivo en el progreso de la humanidad y fijar normas de futuro a cumplirse ahora y más tarde, cuando de regreso de la deificación en el bronce estatuario y en la noble piedra del plinto, baja de su empinado corcel de guerra, deja a un lado la marcialidad de sus arreos espejeantes de laureles y charreteras de oro y se confunde con su pueblo en un volitivo anhelo de justicia y humanismo; de unidad espiritual y com-

penetración política y social. Así como ayer, a todo lo largo de América, desde las nieves de Behring al norte hasta el cono de la purificación en rosas de fuego sobre la tierra del sur, hecha promesa de transformaciones sociológicas, porque las crisálidas del continente tienen alas y piden espacio vital para el vuelo imperioso de aspiraciones e ideales comunes, en una cabal interpretación de las democracias occidentales.

La justa portentosa en la cual fueron adelantados del ideal bolivariano por el esfuerzo máximo y por la gloria conquistada a férreos golpes de voluntad sobre el yunque del Ande majestuoso, Washington y Lincoln, San Martín y Artigas, Maceo y Martí, Juárez y Nariño, Santander y Restrepo, Bernardo de O'Higgins y Pedro Primero, Olmedo y Belgrano, Sucre, Flores y Páez, Girardot y Ricaurte, iluminados por el inextinguible fuego sagrado de Miranda el Precursor y la tremante flama votiva de Murillo el Protomártir, cuya lumbre no se apagará aunque la borrasca la agite en la tenebrosa noche de la anarquía, cuando el bíblico crujir de dientes sancione la iniquidad y la culpa para el renacimiento de la bondad y el amor. Son las piedras básicas de América, como aquellas que bruñó el arte legendario para el palacio del Inca en el milenio de una civilización prehistórica, gravitando unas sobre las otras por esa ley primitiva de la Creación, para el equilibrio espontáneo y la fuerza generadora de la reciedumbre ancestral.

Y de esta consustancialización de valores continentales emerge la primera etapa de redención en Carabobo, punto de partida de la libertad americana y expresión pura y genuina del heroísmo y el valor atávicos de la raza. Porque la candente llanura, señores, no es el horno crematorio de la gloria conquistada por los veteranos de Bailén y Numancia y Zaragoza. Nó! Es el

crisol donde se funde el fierro antiguo para las nuevas formas heroicas del hemisferio. Los cuadros del Valencay en la más táctica de las retiradas militares, están refrendando la proeza de España, madre y ductora, ante la pujanza de las generaciones surgidas de la amalgama portentosa de los gules hispánicos y los oros incaicos incrustados en el moderno blasón de las Américas.

Ponen una cresta ondulante a las más altas cumbres de la Cordillera las huestes libertadoras. Los rigores del Pisba, amenazante y trágico, no entumecen los cascos de los corceles ni destiñen el tricolor de las banderas. Van a realizar el milagro de Boyacá, el portentoso de Junín y la odisea magnífica de Ayacucho, para que Bolívar el Grande, por pedestal el Sinaí del Illimani —magnífico poliedro de mil facetas luminosas— ponga en las pulcras manos del íntegro Mariscal Presidente de Bolivia —su creación por antonomasia— aquellas otras Tablas de la Ley, en el código institucional que lega al devenir, para fundamentar la estabilidad de las naciones interamericanas unidas por los derechos inalienables del hombre y del ciudadano.

Y para que aflore de los estratos de una ética individual y colectiva y del propio cánón que la sustenta, la doctrina bolivariana en función de América, plasmada en la concepción anfictiónica del veinte y seis, que conjunta ahora y siempre la premonición del Incanato propiciado por Miranda y sustentado más tarde en el panamericanismo esencial de Blaine y Henry Clay, en la doctrina de Monroe y su específica interpretación por Roosevelt, en un ciclo angustiado de la humanidad, hasta las actuales Conferencias Interamericanas, que fincan en la continuidad geográfica del Continente y en su secular vinculación, intereses, aspiraciones e ideales que le son estrechamente propios, comunes e invariables.

## UNIDAD CONTINENTAL

Me ufana pensar y sentir que los hombres abocados hoy a la solución de los problemas ingentes de mi país, están convencidos de que sólo por el camino de la compenetración social bien entendida y depurada de sectarismos, que debiéramos erradicar por siempre de la conciencia nacional, es que podemos llegar a ser grandes y libres dentro del ideario de Bolívar en función de América. Baste citar esta locución del señor Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, doctor René De Sola, en su reciente y conceptuoso discurso al recibir el Honorable Cuerpo Diplomático acreditado ante el Gobierno de la Nación: Las Repúblicas Americanas y de modo especial las emancipadas por Bolívar, están llamadas a mantener un sistema de estrechas y cordiales relaciones y a realizar la altiva misión de marchar unidas por los campos de la libertad y el progreso.

### EL VOTO

Señores:

Permitidme cerrar esta breve pero devota oración ofrecida por la patria a la patria misma en el ara que levantó el amor de Bolivia a su Padre y Libertador, y hoy, cuando Venezuela encara valientemente el regreso a su vida institucional, al amparo del concepto eficaz de la unidad de sus hijos, tras la ardiente prueba de fuego de su experiencia no lejana, haciendo el mismo voto que en circunstancia análoga formuló el egregio Guillermo Valencia al invocar la augusta presencia inmaterial del Creador de Colombia: Que sea una verdad la victoria del orden civil, la palpable realidad del respeto a la Ley, la aceptación cordial de la voluntad popular en la decorosa transmisión del poder público.